

## IV

La luna fulgía en el firmamento cual perla rodeada de pequeños zafiros; su luz penetraba en los más guardados rincones, una telepatía agradable parecía unir su hermosa preponderancia con las almas exhaustas y anhelantes; era acariciadora su fragancia, eran sublimes sus cabellos transformados en ascuas sensibles; en medio de la enorme criba era la Reina que marcaba movimientos, que encendía las lucecitas casi tenues de las estrellas tímidas; por eso era más simpática su actividad desnubosa, ya que no tenía otro objeto que ofrecer a nuestra conciencia estética un cuadro halagador y hechicero. Capilla y yo estábamos sentados sobre un famoso banco de piedra, admirando en silencio los centelleos ignotos de los miles de astros, escudriñando con nuestra mirada ansiosa los mundos, que, cual turgencias de mujer, aparecían a nuestra vista a través de una atmósfera caótica y difusa.

Nuestro silencio se prolongaba; habíamos ido a aquel sitio con ánimo de hablar de algo, de pensar y convenir nuestro futuro plan de estudios, ya que los dos poseíamos de nuestras familias respectivas la autorización para obrar de acuerdo con nuestros propios sentimientos; veíamos con alegría se confiara tanto en nosotros que nos consideraban aptos para obrar un vuelo libre en medio de los aires revueltos y de las turbulencias barométricas, que impulsivamente revolvían los más agradables estados, las tranquilidades más deseadas; con razón podíamos ya apropiarnos del título de hombres, puesto que como tales obrábamos.

Después, hemos tenido ocasión de comprobar los peligros de un gregarismo acendrado, ya que por la faz de la tierra pululan muchos corpúsculos dañinos, muchos vampiros insaciables, muchos ofidios asqueantes, muchas acciones insanas... Y reconociendo esta situación nuestra, tan libre, rodeada de tanta espontaneidad, fijábamos con más insistencia nuestra mirada en las gemas fosforescentes, como si nuestro espíritu, una vez adueñado de todas las interioridades terrenas, buscara en aquella profusión de mundos alguno adecuado por donde comenzar una investigación etérea, para llenar el vacío que lo conocido y hastioso deja al descender, en vuelo atávico, a las profundidades más internas, a las regiones abísicas de los Océanos... Pero, cuando una nube interceptó nuestra comunicación telepática con las divinidades astrales, sentimos como una intensa soledad que inundase nuestra imaginación, ensimismada en aquellos cuadros inefables; una corriente de impotencia y misterio heló nuestras venas, casi paralizadas ante la pérdida de la fugaz caricia, que como todo lo agradable, todo lo hermoso, era pasajera y casi burlesca, puesto que, sin aviso, desaparecía en las sombras, capciosa, falaz y traicionera; mas venció al fin su fulgidez, libróse del obstáculo que impedía ver su cara risueña, alegre, como invitando a cantar epitalamios. ¿Qué significaba aquello? ¿No era, acaso, un aviso oportuno en los comienzos de nuestra libertad naciente? Porque su cara, sus facciones no eran las de antes, ya no tenía aquella simpatía y aquel brillo, sino que ahora una seriedad parecía reconvenirnos, censurar nuestros procederes, nuestras miradas; un rastro de negruras impedía aún examinar escrupulosamente todo su icono, siempre dispuesto a dejarse amar; aunque ¿por qué habíamos de pensar así? La interpretación más aceptable y razonada era la siguiente: la luna, cual Reina poderosa, exhibía sus resplandores y sus joyas; una horda salvaje atropelló traidoramente todos los infolios de sus preceptos; pasó la horda una vez

sacidos sus instintos destructores, y la Reina volvía a, como antes, mostrar las atrayentes perlas; pero no podía esconder ciertas manchas en su tersa compostura, ciertos rasguños de sus ropas, ciertas convulsiones rabiosas en su boca, abierta en enigmática posición de venganza.

Y yo pregunté a mi amigo con cierto aire nostálgico y misterioso:

—¿Has comprendido? ¿Te aprovecha la lección?

Y mi amigo contestó, sin mirarme, clavando aún más sus ojos, fijos en la enmarañada tragedia:

—Es que todavía algunas nubes cubren su faz; ten paciencia y verásla otra vez radiante y poderosa.

Y quedamos mirando con acrisolada insistencia, esperando de un momento a otro la impresión óptica, que arrastrase nuestra atención como en un cosmorama interesante.

Pero despertamos de nuestro ensueño antes de que tal fenómeno se realizase, y, vueltos a una realidad menos hermosa que las visiones ideadas, tuvimos unos momentos de escepticismo y rebeldía.

—¡Qué tonterías sumergen al espíritu algunas veces! ¡Pues no hemos prestado atención a esa nube que interceptó a la Luna como sucede un millón de veces diarias! La verdad es que tenemos mucho de mentecatos —decía Capilla, entre serio y riéndose.

Yo le contesté mostrándome más partidario de la subjetividad que por unos momentos ocupó nuestras almas, dándoles como un barniz de ultramundo inefable, esplendoroso.

—No, Capilla —dije—, la Luna, siempre buena, nos ha querido dar una lección de filosofía práctica; nos ha dicho que huyamos de las manchas negras, que en la vida, que pronto comenzaremos a vivir, veamos con perspicacia las cosas para no caer en fangosos arroyuelos que tiznen nuestra cara; nos ha querido decir, también, que una vez ennegrecidos y polvorientos es muy difícil volver al impoluto estado pretérito; aprende, amigo, aprende, ¡dichosos nosotros que hasta la Luna...!

—Calla, Antonio, calla —me respondió—¡la Luna qué va a decir! no sueñes, dime: ¿qué piensas hacer en Septiembre? Yo opino que debemos cursar libre los dos años que nos quedan, y así hacerlos de una vez; nuestra edad ya exige el Bachillerato, ¿no piensas tú lo mismo?

—Idénticamente, todo aceptado.

Nos separamos porque estábamos cansados, nuestras inteligencias callaban, negándose por completo a obedecer las impresiones, y eso significa flacidez, requiere absoluto reposo; por eso mismo cortamos la conversación, y, en un arranque físico, nos levantamos fríos y silenciosos.

La sombra que proyectábamos nos perseguía cual burlesca caricatura dotada de movimiento; cuando quedamos solos, no pudimos menos de abrir los ojos para ver en qué quedó la lucha astral que antes habíamos presenciado, y, ¡oh visión! la Luna envolvía, acariciadora, los objetos, brillando sonriente ¡como antes!, ¡igual que antes!

Y un optimismo, como brotado del suelo a nuestras plantas, se ofreció gustoso a dominar, aunque pasajera, en nuestro espíritu; yo por lo menos —no sé lo que le sucedería a Capilla— acepté encantado tal proposición y díle cabida en él; entonces las márgenes fluviales de ríos desconocidos aparecían en mi imaginación exornadas de ingenuos lotos, que cantaban la felicidad e invitaban a vivir, a vivir las dulzuras primitivas de un paraíso verosímil y palpable. Era el optimismo dibujando sus delineaciones con un

brillo gentil, pero ensombrecidas por una mácula que lo hacía parecer menos hermoso, menos fulgente; sí, le ofrecí mi espíritu, pero no supo o no pudo adueñarse de él.

Y llegué a casa; mi padre estaba enfrascado en la lectura de una novela de Balzac; hacía ya mucho tiempo que no veía a mi padre ocuparse de negocios; parecía haberse paralizado su fuerza expansiva, como si estuviera comprendido en una vejez demasiado prematura o anhelante de calma y tranquilidad.

Al verme, cerró el libro, puso una señal en la página, y, adoptando una seriedad obligada, se dispuso a hablarme, de la forma que él lo hacía en momentos de indudable importancia.

—Oye, Antonio —me dijo—, veo con agrado y satisfacción tus grandes adelantos en el campo de la vida, al que parece has pisoteado mucho tiempo; sin embargo, a través de las gruesas mallas de la experiencia hay que saber mirar para no deslumbrarse demasiado, o ver demasiado poco; yo te considero ya un hombre que puede abrirse paso entre la enmarañada frondosidad de los bosques vitales; pero, no obstante, casi me martirizan algunas aficiones tuyas aún no bien definidas; acaso te extrañe que yo hable así, ahora, cuando en otras ocasiones no me he permitido aconsejarte más profundamente; es que me herían en el corazón las suposiciones más punzantes; yo veía en tí una viveza nada común, un amplio espíritu de concepción, y yo temía, temía no poder hablarte bien, como necesitaban tus abiertos sentidos, por eso sufría, por eso nada más, y mi sufrimiento llegó al máximo cuando me dijiste que cierto anciano venerable te había dicho que me oyeras, que siguieras al pie de la letra mis palabras... ¡Ah, Antonio! Entonces una ráfaga de extraño humor me indicó que no te hiciera caso, que, desgraciadamente, tus facultades mentales estaban bajo un influjo maligno; yo creí todo, por unos momentos dudé de tu normalidad, pero ¡ah! no he podido aclarar hasta hoy aquellas encarnaciones extrañas, y, ahora, leyendo esta joya de Balzac, aparecióseme claras las influencias de la incultura, de la carencia de un completo desarrollo intelectual; inmediatamente he achacado a esos dos orígenes que dominan en mi cerebro la formación de aquellos sacrilegios y atentados contra tu manera de obrar, siempre plausible; por eso, hijo mío, si tú notaste la más mínima vacilación... te suplico me perdones, y me abracen en señal de completa...

Yo no le dejé terminar, me arrojé en sus brazos, y, con lágrimas en los ojos, le manifesté la gran admiración que sentía por su alma buena, por su corazón sensible, por todo su ser, al que hacía vivificar la madre de mi sangre; yo era todo suyo, yo no era nadie ante su indudable poder. ¿Cómo, pues, tenía que perdonarle por nada?

—Padre, padre mío, siga, que mi alma recoge agradecida sus palabras, y se dispone a ofrecerle todas sus emanaciones ideales, todos sus suspiros repletos de amor..., siga padre mío...

Y mi padre, aliviado por mis dulces palabras, se dispuso a proseguir su interrumpida oración, de la que tantos provechos había yo de obtener, en cuyo fondo me esperaban con los brazos abiertos tantos consejos buenos, tantos criterios aceptables. Y me dispuse a oírle, apoyando la cabeza sobre las manos y absorbiendo completamente todas las sílabas.

—Pues bien, hijo mío —prosiguió—; ahora he vislumbrado también que sólo por el mero hecho de ser tu padre los consejos que salgan de mi boca penetrarán agradablemente en tu corazón, exhausto de amor; sí, no es necesaria cultura, no es necesario ser un gran pensador para poder hablar a un hijo querido; mira, tienes diez y seis años, comienzas a vivir y te son muy necesarias palabras alentadoras y cariñosas; en esta edad, siempre bella,

has sabido apreciar las durezas de la vida, los pesares que lleva consigo una existencia en este mundo; yo quiero, yo te exijo, Antonio, que en todos tus actos tengas presente la conciencia; que todos los adaptes a una ruta fijada de antemano, a una forma de obrar de acuerdo con el honor; ¿tú entiendes ya qué es el honor, hijo mío? El honor es indefinible; sólo puedo decirte que es impisoteable; tú defenderás tu honor en todas las ocasiones; obra con honradez y sea siempre justiciero tu pecho; huye del vicio, sobre todo, Antonio, huye del vicio; ahora estás limpio y sano; por lo tanto, tienes tiempo de trazar una línea que puede ser recta desde el principio; pero de esto no te hablo..., hasta el moralizar incita al pecado; otra cosa, Antonio, nunca nos olvides, en tu corazón guarda el mejor sitio para tus muy amados padres...

Yo le interrumpí; sin saber explicármelo, casi me molestaba el giro que tomaban las cosas, y le dije, tímido:

—Padre; ¿cómo me dice usted eso ahora? Mañana, cuando se ponga el sol, continuaremos; está muy fatigado, es mejor descansar.

—No, no; al final te contaré las causas por las que quiero decírtelo todo en este momento; seguramente todavía no has visto en la vida más que un hemisferio, una media naranja, por donde tú te has escurrido si no con ligereza, con relativa facilidad; pues bien, tienes que pensar que detrás de esa capa blanca está, superpuesta, muy junto con ella, una segunda, donde todo es execrable, donde todo lo inicia la mala fe, donde todo es obra del demonio...; y oye, toda la humanidad, en su continuo éxodo a la muerte, tiene que atravesarla, respirar sus aires enrarecidos, vivir en su ambiente contagioso; pero hay, por fortuna, cauterios para no dejarse influir por sus arrullos, cosas inmateriales y profundas que ofrecen su ayuda al hombre: la voluntad, la razón, el entendimiento; y llevándolos en vanguardia es segurísimo que vencerán a todo, impondrán su ley, sus preceptos, sus mandamientos; el resultado de esa victoria será la completa felicidad del hombre que con sus medios la lleve a cabo. ¿Me entiendes? Sí, sí, me entiendes.

Mi padre hizo una pausa, reconcentró su pensamiento y prosiguió:

—Sí, Antonio, todos han de coincidir en que la vida es una incógnita absurda; carecen de ilación y de sentido sus prodigalidades o sus ramplonerías, y el encuentro de un equilibrio, que mantenga a distancia todas las incongruencias, es una cosa que exige perseverancia, voluntad y férreo dominio sobre toda clase de rebeldías monstruosas; por lo tanto, no quiero que dejes de oír de mis labios palabras encaminadas a formar en tu cerebro una sensibilidad reposada; tú bien sabes, y lo has estudiado en la Historia, que en todo país o estado existe una fuerza dispuesta a arrollar con sus gruesos cordeles al pueblo confiado e ingenuo; sabes también cómo en el transcurso de los tiempos diversas revoluciones han turbado la paz y la tranquilidad con sus exaltaciones y revueltas; es por lo que te recomiendo que nunca, nunca intervengas para nada en esas luchas políticas que carcomen la vida de los pueblos y desvirtúan el fin colectivo; no escapa a mi vista la simpatía con que el elemento juvenil acoge toda idea rebelde o revolucionaria, y es preciso que veas, hijo mío, que todo nace de la inutilidad o el abandono que sienten por las punzadas del régimen que los domina, el cual, como todos los regímenes en la vida, adolecerá, sin duda, de defectos, de innumerables excepciones a los fines perseguidos.

Yo le interrumpí; tocaba a un punto en el que había digresión entre su manera de pensar y la mía; creí conveniente manifestarla:

—Yo, padre —le dije—, entiendo que todas esas concepciones, todas las ideologías políticas brotarán espontáneamente el día en que la disposición del individuo sea capaz de concebir y hacerse cargo de la vida que le rodea; pero nunca se pueden adaptar a un consejo, a una indicación, a un...

—Claro —me contestó—; pero yo sólo quiero decirte que nunca debes inmiscuirte en ninguna algarada; que, si es posible, huyas en la vida de las luchas, donde la primer arma que se esgrime es el engaño, la diplomacia; tú parece que sientes alguna afición a las emociones artísticas; síguela; me agradaría mucho verte convertido en un paladín de la musa... Pero... si me has de creer, aun ahora siento que una fuerza invisible me llama la atención sobre mis disertaciones, me dice que calle, que tú no necesitas te digan estas cosas; mas ¡ay!, gozo tanto al hablarte...; me parece como si en este momento me encontrara en una mansión inefable, rodeado de ondas acariciadoras y hermosas; déjame, pues, hablar, ¡oh, Fuerza!; mi hijo sacrifica gustoso los enredos que en su espíritu forman mis palabras; por lo tanto, no debes detenerme, déjame hablar, déjame hablar...

Mi padre casi se dormía; se encontraba bajo el influjo de situaciones extrañas, se desviaba su oratoria y ya no me hablaba a mí, sino a una imaginada concepción, a una soñada deidad poderosa.

—Padre, padre...

—¿Qué, hijo mío? ¡Ah! Aguardas que te explique el motivo que me ha inducido a hablarte hoy; pues bien, te lo diré, sí, te lo diré; pero no te pongas triste, sé hombre fuerte, inflexible; yo quiero que seas un hombre que no se doblegue ni ante el más intenso dolor; escucha...: yo estoy enfermo, malgastado el motor de mis fuerzas físicas; no sé a qué achacarlo, no puedo adivinar cuál ha sido la causa de esta flacidez de mi corazón; pero es el caso que me anuncia su próxima inmovilidad con agujonazos desesperantes, se ladea, se alborota, se encrespa..., y yo no lo siento mas que por ti, por ti, Antonio, que quedas solo en el mundo, ¡¡en el mundo!!, que es grande, muy grande, y frío como una fosa que se retuerce en la obscuridad. ¿Qué será de ti? ¿Podrás fácilmente atropellar toda clase de obstáculos, recorriendo victoriosamente todos los ámbitos de estas crudeces, o morirás aprisionado por las garras furibundas de la *Vida*? Mas no, no quiero, no debo hablarte porque te hago daño; yo no sé decirte las cosas..., yo he sido un insecto sin alas que ha permanecido mudo y quieto ante los rodajes de la sociedad; vive, vive, te lo mando yo, yo que soy tu padre...; esta es... la lucidez terrible de la *Muerte*...

Un colapso hízole parar, no pudo hablar más; yo tenía anudado el corazón ante la vista de tanta desdicha; estuve unos momentos como idiota, mirando desorbitado las facciones de mi padre, que aparecían orladas de negra diadema, pues su color céreo contrastaba visiblemente con el neutralismo de la periferia; su trabajosa respiración retumbaba, ecoica, entre los muros, y semejaba ya el estertor de un moribundo; yo, al fin, después de un tiempo que no pude determinar, salí pidiendo auxilio a los vecinos más cercanos; acudieron unos cuantos y trasladamos el enfermo al lecho; vino el médico, y tras un rápido reconocimiento, en cuya explicación abundaban palabras que para los profanos son de un tecnicismo dudoso, yo quise saber concretamente el estado de mi padre.

Su respuesta fué más bien una evasiva; se limitó a decirme que, por el pronto, no había gravedad, que esperaba el reconocimiento del día siguiente para precisar mejor; también me dijo «que estuviera tranquilo».

Y una vez que mi padre, debidamente acomodado, parecía dormir, dejé a una vieja vecina que le velase y yo salí al gran patio de la casa; la noche era una de las más hermosas de verano; en ella los puntitos refulgentes parecían exornarla más y más con traslados y risas, en las que ponían de manifiesto su agilidad y presteza; en medio de aquella grandiosidad yo respiraba cohibido, como si se me regatease el aire que aspiraban los pulmones, y todas las divinidades mitológicas me echaran en cara mi inferioridad, la pequeñez de mis alcances oscuros y la antinomia de mis sentimientos estultos; no obstante, en un arranque de exaltado ardor poético, me dirigí a aquellas soledades, exponiéndoles mis cuitas, esperando que de sus omnipotencias saldría alguna ráfaga vivificadora que alentase mis fuerzas exhaustas. Y en soliloquio elegíaco, declamando en alta voz mis palabras espirituales, las emplacé con arrogancia:

—¡Oh, poderes ignotos e inagotables fuentes de poesía! Ante vuestro indiscutible poderío expongo mis sufrimientos y mis penas; de vosotros es bien conocida mi situación desalentadora; demasiado domináis mi espíritu para, en sus interioridades y repliegues, hallar las imágenes descarnadas de mis cuitas; yo dirijo ante esos centelleos fugacísimos mis miradas de turbado, implorando apoyo y digna correspondencia; yo querría que, en luminaria deslumbrante, descendiese de vuestros órganos hirvientes el calor que hiciera desaparecer para siempre el intensísimo frío enroscado a mis huesos y a mi ascendencia; yo reclamo parte de esos superfluos dones que acaparáis insaciables. Y, humildemente, a vosotras, ¡oh, diosas!, rodead con el efluvio de vuestros senos perfumados mis sangrantes y doloridas vísceras; secad con el purísimo aliento que exhaláis mis lágrimas de inconsolable desgraciado; pero..., ¡oh, furor!..., yo os miro, y permanecéis indiferentes a mis penas, y camináis incommovibles a mis palabras, y os mezcláis, bullangueras, en la fiesta olimpiaca. ¡Ah! Sois crueles, sois criminales, sois indignas de brillar y de lanzar esperanzas bellas; no tenéis corazón que comprenda las sensaciones dolorosas; ¿por qué yo os he suplicado? No merecéis sino que os hable en tonos despectivos; carecéis de personalidad digna para que conozcáis la cortesía. Yo reniego de todas las divinidades, yo maldigo vuestros poderes, yo me esforzaré por demostrar ante el mundo que no existe nada sublime, que todo es vulgar, que todo será conocido y que nunca existieron fuerzas sobrenaturales capaces de mover un débil cabello; yo os emplazo, canallas deidades; dentro de muy poco tiempo tendré la inmensa satisfacción de veros relegadas a la última escala, olvidadas, crujientes, pataleando vuestros males. ¡Oh, perversas! Desapareced de la faz del mundo y hundíos para siempre en los sepulcros avernales más hediondos; y el día que el cerebro humano no se tenga que preocupar de vosotras será el más feliz del universo, ingratas alimañas, larvas inútiles, despojaos de vuestros mantos, en vosotras se compendian todos los defectos, idos que asqueáis... ¡puaf!...

Cuando me dí cuenta, los primeros albores de la madrugada se dibujaban indecisos sobre el horizonte, y una copla del día distrajo mi atención unos instantes. Yo había estado predicando a las estrellas, y mientras mi debilidad y mi astenia me entretenían en esos cuadros incomprendidos, mi padre seguía indefinible y enigmático en el lecho, sin haber vuelto a recobrar el don de la palabra. Y al desaparecer de mi imaginación las fantasmagorías, que las vistas astrales infiltraban en el cerebro, volví a marchas forzadas a la realidad de los hechos, y me encontré debilitado en medio del patio... Corrí al lado de mi padre, que con gran trabajo iba agarrándose a la vida, a sus dolores, a sus frialdades...

Al encontrarme otra vez ante su presencia, una ola sentimental inundó mi cuerpo todo; rebotaban en mi juventud las sensiblerías y las rebeldías más desatadas, porque así como mi corazón era tierno, mi imaginación era exaltada y perceptible; la lucha de ambas fuerzas era, pues, dura, candente... Y mi padre al abrir los ojos los posó en los míos con una mirada indistinta, indescifrable, en cuyo brillo no se notaba ningún aleteo vital. Y cerré los ojos...

Tuve unos momentos de extraña condolencia; surgían ante mí los hórridos espectáculos de las soledades más terroríficas, las mansiones inhóspitas de la desventuranza; sin duda, yo era uno de esos seres en los que se ceba la desgracia, destruyendo burlescamente situaciones felices, amorosos y placenteros estados. Tenía delante, sumergido en un inacabable mar de líquidos grasientos, a mi buen padre; veía cómo la muerte se apoderaba, entre refunfuñante y atrevida, de aquellos sagrados órganos; no podía impedir y menos hacer retroceder a la maligna enfermedad con amenazas ni venalidades; e impotente y decaído, le lancé una mirada escrutadora, fija, en la que puse toda mi fuerza óptica, queriendo traspasar a aquellas pupilas parte de mis súbitas influencias; pero nada, mi padre permanecía quieto, casi helado, envuelto ya en la macabra atmósfera del misterio...

Salía yo de mi casa desesperado; una ráfaga de locura se apoderó como una mueca de mis facultades. Tropecé con mi buen amigo Capilla, trató de consolarme, pero en vano; el fuego de mis desdichas no lo apagaban, no podían apagarlo cuatro palabras frías y protocolarias; por eso no logró convencerme, consiguiendo sólo el retorno a casa, donde ya el médico iniciaba el segundo reconocimiento y se disponía a hacer un diagnóstico científico y autorizado. Se me escaparon, cual en soplo humeante, todos mis pensamientos y sublimes cábalas; una vulgaridad mal comprendida se adueñó de mí al contacto con un hombre que trataba rutinariamente de devolver a mi padre cosas irrestituibles, calores apagados, brillos extinguidos. Y por un momento vi que la sutilísima luz de la esperanza me ofrecía sus resplandores, vi que penetraba casi furtivamente dentro de mi arteria sentimental. El hombre de ciencia se esforzaba con tanteos y oteadoras miradas en vislumbrar cualquier atributo prefijado, cualquier síntoma que corroborara sus vaticinios o sus opiniones; asistía yo a esta escena mudo de emoción, recorriendo continuamente mi cuerpo los flechazos de la impaciencia; yo necesitaba conocer prontamente los resultados de aquellas investigaciones y aquellos análisis, y, por lo mismo, sin esperar al fin de sus enrevesados desarrollos, abordé al doctor con una mirada suplicante, en la que también se encerraba una gran dosis de escepticismo acerca de los resultados de sus gestiones; él así debió comprenderlo puesto que contestó:

—Hay que tener confianza, sobre todo hay que tener confianza; salvo complicaciones inesperadas, su padre recobrará el normal desarrollo dentro de poco, aunque quizá algún rastro turbe..., pero el peligro de muerte, que al principio amenazaba, ha desaparecido; he cumplido con mi obligación de ahuyentarlo, lo demás es obra de la naturaleza individual.

Estas palabras fueron objeto, por mi parte, de diversas interpretaciones; yo debía tener fe en ellas, pues su confirmación era la vida de mi padre. Y, henchido con la feliz nueva, penetré en el cuarto del enfermo; una atmósfera corrompida y pesada parecía aprisionar las agilidades físicas, robando fuerza y vigor a los músculos que protestaban con débiles crujidos de huesos y con la mostranza de oquedades exhaustas; mi padre se encontraba algo reanimado dentro de la postración y el abatimiento que habíanlo dominado las horas anteriores; la palidez de su cara parecía haberse hecho menos perceptible, y las extremidades torácicas alcanzaban algunas veces el rictus de una pausada normalidad.

Al verme quiso hacer un movimiento para levantarse, pero no pudo, se opuso al intento la tenacidad mordedora de la crisis; descubrió su mano de entre las sábanas y con ella hizo un signo como si quisiera llamarme; yo me acerqué y pude oír unas palabras terribles.

—Hijo mío... socórreme, cúrame... temo la muerte...

No pudo más, la piel se contrajo, la boca entreabierta reflejaba sufrimiento, y una mano sobre el corazón indicaba el lugar dolorido: la chispeante ascua donde se fundía el hierro de la vida; cayó, su cuerpo, casi inerte, contrajo la figura de un cadáver en el quirófano; era un nuevo ataque cardíaco, las espinas del dolor le agujoneaban haciendo que un sudor frío y rutilante surgiera de entre los cabellos argentados y sueltos; yo lo miré, tuve el valor de mirarlo, y una vez que en mi cerebro se iban interpretando los menores movimientos, las más insignificantes expresiones, formé y recompuse idealmente los padecimientos que asaltaban a mi padre; miré hacia arriba, vi una imagen, una visión, una indefinible figura que me hacía señas para que la examinase; yo la sorbía con la mirada, me hacían daño sus influencias y me herían los cuadros que mostraba en su pecho entreabierto, caricaturizando las más horrosas alegorías del sufrimiento.

Y en un arranque de iracundia irreflexiva, tiré con el primer objeto que hallé a mano un golpe a aquella visión macabra, que, burlona y cruel, se retiró mostrándome los torturadores instrumentos de sus hechos, enseñándome todos sus órganos lacerados, inundando mi inteligencia de febriles exaltaciones, arrojándome un cierto copito blanco que, al tropezar en mi corazón, me hizo el efecto de un alfilerazo punzante. Cuando desapareció bajé los ojos, tropezando con la helada mirada de mi padre, el cual con signos afirmativos y palabras delirantes aprobaba aquella conducta ahíta de misterio y tinieblas.

—Bien... Antonio queri... i... do..., has matado... ado a la Muer... te, ya... me apreta... aba... aquí...

Y señalaba su corazón deshecho y envuelto en presiones que le imposibilitaban todo movimiento vital, todo latido balbuciente; yo pasé de la inacción más débil a la exaltada agitación física, paseaba por la habitación a grandes zancadas, como queriendo arrancar del suelo remedios a tamañas desdichas, a tan crueles pruebas de paciencia sentimental; hasta dí voces, nadie respondió a mis llamadas, nadie acudió a consolarme, y, en medio de aquella atmósfera caliente y enrarecida, los pensamientos más extraños se adherían al cerebro dolorido y turbulento; dentro de mi corta edad de adolescente, yo, que en la vida no había encontrado aún un asidero agradable, una situación feliz, sacaba las consecuencias más hórridas a todos los sucesos terrenales: ¿para qué se nos ha dado el corazón? ¡oh! para tener que inundarlo de lágrimas desesperantes, de áridos paisajes de desierto, de soledades embriagadoras, de madrigales sensibleros. Corazón, corazón es lo único que se opone a una dependencia viva, coercible, con la multitud imperturbable de la Naturaleza, lo único que, con interrupciones dolorosas, impide nuestro constante caminar, lo único, en fin, que nos envía raudales de dolor, grifos inagotables de sufrimientos por cada placer inefable que nos proporciona; esto lo pensaba yo en presencia de la silueta desgarrante y casi yerta de mi padre, que me infiltraba las antinomias más descabelladas, y que iniciaba la lucha entre la realidad circundante y mis ideas naturalistas, insensibles.

Imbuído por multitud de pensamientos, salí de casa y marché al campo, me resultaba gratísima la compañía tranquila de los árboles y el remanso de los valles; aunque todo parecía permanecer muerto y helado, allí se encerraban gérmenes vitales enormes, fuerzas en desarrollo sumamente grandes, era como un ritmo agradable en el que las notas tristes se

rechazan, dejando sólo campo libre a las suaves melodías del bienestar y de la felicidad; por eso mi alma se ensanchaba y unía con alborozo sus fibras fraternales a aquel conjunto de fervores vegetales.

Yo soñaba, sí, soñaba, porque oía las palabras amigas y consoladoras de todos los seres incomprendidos, buceaba en sus interioridades, quería encontrar en su organización adaptaciones a mi mundillo asqueroso, y cuando ya creía haber hallado todas las incógnitas, cuando mi fijeza y entusiasmo eran mayores, he aquí que las voces de un pastor lejano y los zumbidos de proyectiles rocosos, lanzados con hondas, me vuelven a la situación real y cortante, ¡oh bucólicos entusiastas! Regreso, voy dejando por el camino suspiros que se esparcen, ondulantes, en la atmósfera enigmática; era ya de noche, mis pisadas en la arena producían un sonido lúgubre: chasquidos de un crujir de huesos, bailoteo apocalíptico en medio de la llanura, o el arrastramiento rítmico de ofidios lustrosos. Es el caso que la soledad y la noche vuelven a formar en mi intelecto una especie de *Stadium* donde se disponen otra vez a luchar los sentimientos púgiles que aspiran a predominar en él... La fantasía se desborda y remueve a la mente...; por eso lo primero que se presenta a mi vista es una llanura yerma y seca, en ella se vislumbran dos grandes cíclopes que avanzan embriagados, movidos automáticamente por resortes invisibles; el primero, el que avanza por la derecha, es un corazón sangrante, envuelto en una gasa blanca que brilla a la luz del sol, destacando su carácter impoluto y pulquísimo; el segundo, el que se adelanta por la izquierda, es un coloso fortísimo, en cuya faz impertérrita se nota una mueca de rebeldía y achulamiento; sus miembros pesados de energúmeno le dan el rictus de un mamut antediluviano; el encuentro anunciaba ser terriblemente destructor; los dos enemigos poseían armas bastante desiguales; el primero comenzó a enternecerse, soltando verdaderos chorros de lágrimas, que, al posarse en la piel cerdosa y vasta del segundo, resbalaban, impotentes a su hermetismo; este último, a su vez, avanzaba furioso, con las fauces abiertas y dispuestas a tragarse al enemigo de un solo y fácil bocado; pero entonces sucedió algo grandioso: una difusa luz intercaló sus fulgores entre ambos combatientes; el momento fué sublime, digno de que lo cante un poeta y de convertirlo en un poema inmortal.

Poco se dejó ver; al mismo tiempo que el monstruo tragábase el corazón, una llamarada roja cubrió su cuerpo, obligándole a caer; el coloso yacía derribado, lanzando a veces terribles maldiciones, que retumbaban agoreras en la llanura tranquila; en seguida la paralización más completa inundó su cuerpo, las extremidades dejaron de moverse, los ojos se cristalizaron, la nariz se dilató enormemente, y la boca, después de rítmicas dentelladas, alcanzó la forma de una mueca fatídica; estaba muerto; sí, un energúmeno fallecía al colocarse un corazón en el pecho. De pronto, una obscuridad, negra y densa como todas las obscuridades, se apoderó de la atmósfera y unió a las soledades reinantes los terroríficos cuadros de su negrura; pero desapareció de repente; el llano se ofreció a mi vista claro y límpido; había desaparecido el cadáver como por arte de magia, y en su lugar aparecían los primeros brotes de una palmera risueña, que, confiada y alegre, daba en aquellas soledades la sensación de un salvador en desarrollo, de un poderoso que exhibe su grandeza; y la palmera crecía..., crecía, y pronto a su pie crecieron otras..., y otras..., y la llanura hubo de convertirse en un bello y frondoso bosque; una flora variada y exuberante... guardaba en su tallo los misticismos más recónditos; un pajarillo cruzó la atmósfera, alegre y vivaracho, yendo a posarse en las frondas verdes de un álamo; desde allí saludaba a sus congéneres con trinos melodiosos y penetrantes; no tardó en presentarse una cuadrilla de conejos que,

sutiles y observadores, movían sus orejas en continuo alerta y desconfianza; pasaron y vinieron otras hermosas variedades, dejando rastros agradables en sus rápidos éxodos; así fueron desfilando innumerables faunas...; era la Naturaleza que sonreía, caprichosa y lagotera, ante su perfecta constitución estética...; y todo era alegría..., y todo era paz..., y todo eran continuos cantos fraternos; pero, por fin, apareció el hombre; una hermosa pareja, cuya procreación espontánea y numerosa creció al instante, se apoderó, egoísta, de tanta belleza, y comenzaron su obra destructora, aniquilante; y cuando avergonzados y cabizbajos se proponían cambiar de sistema, iniciar una palingenesia activa, he aquí que diversos hechos sensibles enfrían sus órganos de acción, estremecen sus miembros, turbian sus miradas con lágrimas voraces; era el corazón primitivo que, henchido de superchería, la lanzaba en estado líquido al exterior, arrollando sus corrientes lo que fuese obstáculo a su marcha triunfal...; y la Naturaleza decaía, disminuía sus encantos, acortaba sus perfumados efluvios, y el mundo se animalaba, adquiría la forma rudimentaria, daba vueltas alrededor de su misma oquedad. Todo emanaba del corazón púgil, que, una vez pútrida la carne del coloso, surgía lleno de poder, y, distribuído en pequeños trocitos, se había colocado en todos los pechos humanos ansioso de venganza; su obra fue inmediata: el minar las pobres vidas, cubriendo de luto y dolor toda la faz del Universo. Y en este instante... ¡ay!, en este instante volví a la realidad; me hallaba en un camino dirigiéndome hacia el pueblo, inconscientemente quise comentar mis anteriores creaciones para obtener alguna consecuencia, pero en vano, todo desapareció de mi mente, dejando solamente en ella la preocupación y el abatimiento.

Tuve que saludar al nuevo día; la aurora me inundó de alburas inmensas...; el sol, poco después, apagó mis ojos, dormí y soñé...

¿Qué soñé? *La nada* podrá contestar, yo no.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS  
>DOCUMENTO: Sello\_006